

Horizontes misioneros estadounidenses, comercio y relaciones diplomáticas (siglo XIX)

Norman Rubén Amestoy
(UCEL)

Resumen

En este estudio, analizamos la relación entre el protestantismo, la civilización y las relaciones comerciales, así como la influencia del pensamiento y el modelo misionero británico sobre las sociedades misioneras estadounidenses del siglo XIX. En este sentido, abordaremos el debate sobre si se debían privilegiar las instituciones civilizadoras o el cristianismo en primer lugar; el distanciamiento entre la labor de las misiones y el comercio durante el periodo inicial de las misiones y el posterior giro hacia una relación fluida a partir de las décadas centrales del siglo. Será de particular interés detenernos en el análisis de la teología providencialista y las inflexiones interpretativas realizadas para sustentar la relación entre cristianismo, civilización y comercio. Finalmente, examinaremos las conexiones entre los misioneros y las relaciones diplomáticas para acercarnos a los roles ambiguos y las tensiones entre el protestantismo y la política exterior norteamericana.

Palabras Clave: *Sociedades Misioneras. Protestantes. Civilización. Comercio. Relaciones diplomáticas*

Abstract

In this study, we analyze the relationship between Protestantism, civilization, and trade relations, as well as the influence of British missionary thought and model on nineteenth-century American missionary societies. In this regard, we will address the debate over whether civilizing institutions or Christianity should be privileged in the first place, the estrangement between mission work and commerce during the early mission period, and the subsequent turn

Teología y cultura 27:1 (2025)

toward a fluid relationship beginning in the middle decades of the century. Of particular interest will be the analysis of providentialist theology and the interpretative inflections made to support the relationship between Christianity, civilization and commerce. Finally, we will examine the connections between missionaries and diplomatic relations in order to approach the ambiguous roles and tensions between Protestantism and American foreign policy.

Keywords: Missionary Societies. Protestants. Civilization. Trade. Diplomatic Relations

I. La influencia del modelo británico en el vínculo entre el comercio y las misiones

Cuando intentamos analizar la relación entre el comercio y las sociedades misioneras estadounidenses en el siglo XIX, debemos prestar atención a cómo dicho vínculo se planteó en el contexto de la sociedad británica, ya que las experiencias misioneras de sus organizaciones, las condiciones que los misioneros debieron afrontar en el campo, la incidencia de los factores sociales y los desarrollos teológicos elaborados en ese contexto fueron una referencia obligada y el modelo seguido en gran medida por la obra misionera norteamericana.¹

La política más adecuada: ¿civilización o cristianismo?

En este sentido, hay que tener en cuenta que el movimiento misionero de finales del siglo XVIII no solo fue el resultado del clima de los avivamientos y despertares espirituales, sino que también recibió el impulso de un contexto que daba importancia a la difusión de la civilización y la cultura, y sobre todo al interés por civilizar y

¹ Este artículo es parte de una investigación mayor en el marco del Proyecto de Investigación: Iglesia, misión imperio, de la Facultad de Ciencias de la Religión, Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL), Rosario, Argentina.

Teología y cultura 27:1 (2025)

alcanzar a los pueblos no occidentales con los adelantos y progresos. Para entonces, la civilización se medía por las cualidades que caracterizaban la sociedad, la cultura y las instituciones británicas. De hecho, las sociedades civilizadas eran aquellas que habían accedido a la «era comercial»².

En esta perspectiva histórica, el elemento central que definía la evolución de una sociedad era la actividad que proporcionaba la subsistencia material. Así, el comercio se convertía en la actividad que definía a las sociedades modernas y en las formas complejas de las instituciones políticas, el buen gobierno, el orden y la libertad civil. La preponderancia de Gran Bretaña en las relaciones comerciales y el ámbito industrial también había redundado en la moralización de la sociedad, pues el trabajo y la vida industrial que estas actividades propiciaban eran los «baluartes contra las pasiones, el vicio y la debilidad»³.

² En sus estudios Adam Smith respecto al progreso de las sociedades, su visión histórica estaba alineada a la Teoría de los Cuatro Estadios, la cual Smith retomaba de Samuel F. von Pufendorf (1632-1694) y que consistía en que: “Hay cuatro estados distintos por los que la Humanidad ha pasado: 1º. La Era de los Cazadores; 2º. La Era de los Pastores; 3º. La Era de la Agricultura; y 4º. La era del Comercio.” Smith Adam, *Lecciones sobre Jurisprudencia*, (Granada, Editorial Comares, 1995): 47.

³ P. J. Marshall and G. Williams, *The great map of mankind: British perceptions of the world in the age of enlightenment*, (London, Harvard University Press, 1982): 147, 149. Para las correspondencias de este pensamiento en América Latina ver: Norman Rubén Amestoy, "Festivals, Entertainment and Pleasure in the Protestantism of the Rio de la Plata Region; 1875-1900", in *Journal of Latin American Theology: Christian Reflections from the Latino South* (Vol. 6, No. 2, 2011): 187-210. Norman Rubén Amestoy, “El protestantismo y el mundo del trabajo en el Río de la Plata”, 1870-1920. El descanso dominical del cuerpo y los “males sociales” contrarios al obrero. En Carlos Olivier Toledo, Lourdes Jacobo Albarrán, Carlos Mondragón González (coordinadores). *Cuerpo y protestantismo Perspectivas heterodoxas en América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 2015; Norman Rubén Amestoy y Eunice Noemí Rebolledo Fica, “El protestantismo y la virtud del trabajo en el Río de la Plata; 1870-1900, *Revista Palabra y Vida*, Corporación Universitaria Reformada - CUR, Barranquilla- Colombia, 5 - enero - junio 2021.

En cuanto a la fe y la experiencia moral, el cristianismo en su vertiente protestante constituía la máxima expresión de la madurez espiritual, ya que sintetizaba la pureza y la bondad, y ofrecía el desarrollo religioso y teológico pertinente y adecuado para contribuir a la modernidad del mundo occidental y, aún más, para «elevar» el mundo pagano.

Para el clérigo anglicano Sydney Smith de la influyente *Edinburgh Review*, estaba claro que: “estamos exclusivamente en posesión de una religión revelada; y que la posesión de esa religión es la única que puede conferir la inmortalidad, y la que mejor confiere la felicidad presente.”⁴ Semejantes atributos obligaban a las sociedades privilegiadas y a las organizaciones misioneras a compartir las bendiciones con las sociedades atrasadas, casi como un imperativo para quien se preciara de buen cristiano. A principios del siglo XIX, la opinión generalizada era que se debía juzgar con severidad a las sociedades no occidentales o que se debía rescatar algún aporte de valor al progreso y la cultura. La responsabilidad de la benevolencia era tanto un imperativo de índole religiosa —fundamentado en las Sagradas Escrituras— como un motivo filantrópico que comprometía a cualquier ciudadano respetable a contribuir a la civilización y cristianización de los pueblos no europeos, especialmente de Asia y África.

Si bien había descreídos que veían poco factibles estos cometidos en general, el clima de la época estaba reflejado en las palabras del reverendo William Tennant, para quien “la mejora de la condición de la raza humana, en todas sus formas, nunca ha empleado un número tan grande de mentes activas y benevolentes como en la actualidad. [...] unos dirigen sus puntos de vista hacia un objeto, y

⁴ *Edinburgh Review*, XII (April 1808): 151-181, “Publications respecting Indian Missions”: 170. *Edinburgh Review* fue una de las revistas británicas más influyentes del siglo XIX. Fundada en octubre de 1802 por Francis Jeffrey, Sydney Smith, Henry Brougham y Francis Horner, fue publicada en números trimestrales hasta 1929. Comenzó como revista literaria y política en abierto apoyo del partido Whig, la política liberal y la reforma política.

Teología y cultura 27:1 (2025)

otros hacia otro [...] pero todos se unen en los esfuerzos por aumentar la suma de la felicidad humana”.⁵

Las leyes del imperio, el comercio, la institucionalidad, la administración, la literatura y la educación eran todas herramientas que había que trasladar a los pueblos «paganos», incluso para aquellos que miraban con recelo la actividad de las sociedades bíblicas y misioneras. Para el Rev. S. Smith, propagar la fe cristiana era una responsabilidad ineludible, ya que “Esta religión [...] nos enseña los deberes de la benevolencia general: y profesamos no ser capaces de entender cómo, bajo tal sistema, la conversión de los paganos puede ser un asunto indiferente”⁶.

La cuestión de cuáles eran los elementos y dinámicas necesarios para acceder a la civilización ocupó toda la atención del momento. En este sentido, todo indicaba que ese era el marco más adecuado para debatir sobre la conveniencia de mantener estrechas relaciones entre el cristianismo y el comercio, la expansión misionera y el intercambio mercantil. Sin embargo, como han señalado algunos estudios sobre el tema, la diferenciación entre cristianismo y civilización pasó por intentar establecer cuál era la política más adecuada para la India y África, y específicamente si la iniciativa debía

⁵ *The Eclectic Review*, I (October 1805): 762. En Rev. William Tennant, *Indian recreations; consisting chiefly of strictures on the domestic and rural economy of the Mahomedans & Hindoos*, Vol 1. (London, Printed C. Stewart, Edinburg, Longman, Hurst, Reed and Orme, London, John Anderson, Edinburg, 1803). *The Eclectic Review* fue una publicación mensual aparecida entre 1805 y 1868 y que apuntaba a un público culto y exigente. Su aporte era la reseña de libros de literatura, historia, teología, política, ciencia, arte y filosofía. Fundada por disidentes en materia religiosa, el *Eclectic* mantuvo un sostenido aconfesionalismo. Esto no impidió que a partir de que su trasfondo religioso contribuyó a su talante intelectual medido y serio. En su primer periodo que se extendió hasta 1813 Daniel Parken, fue quien contribuyó a la popularidad de la publicación. Entre sus colaboradores contó con el poeta James Montgomery y académicos o reformadores reconocidos de la época, como el abolicionista George Thompson y el teólogo Adam Clarke.

⁶ *Edinburgh Review*, XII (April 1808): 170.

Teología y cultura 27:1 (2025)

llevarla el cristianismo con el despliegue de las misiones o las instituciones propias de las sociedades y culturas civilizadas⁷.

Para los interesados en los marcos legales, administrativos y diplomáticos, la civilización debía ser la punta de lanza. Mientras tanto, los sectores eclesiales y los impulsores de las sociedades misioneras, que defendían estas ideas desde el racionalismo, alimentaban «el torrente de irreligión» y no alcanzaban a comprender que la fe cristiana y la labor evangelizadora debían tener la iniciativa. Eran ellos quienes habían caído en el «error común, pero absurdo, de que las sublimes doctrinas del Evangelio no deben dirigirse a los paganos, porque sus mentes ignorantes no están preparadas para comprenderlas».⁸ Con todo, en el ámbito eclesial tampoco eran del todo unánimes, ya que, en la discusión sobre la visión y las metodologías más pertinentes, el obispo anglicano de Llandaff, el reverendo Richard Watson, no confiaba demasiado en la evangelización a través de la acción misionera. Como académico, preveía que sería a través de la "extensión de la ciencia y el comercio... [que] la India será cristianizada por el gobierno de Gran Bretaña".⁹

A su entender, el avance de la civilización, cuya promoción correspondía a los esfuerzos gubernamentales, abriría el espacio a la posterior difusión del protestantismo. Los grupos evangélicos se situaban en las antípodas de esta perspectiva. Así, el reverendo

⁷ Andrew Porter, "Commerce and Christianity": The Rise and Fall of a Nineteenth-Century Missionary Slogan *The Historical Journal*, Vol. 28, No. 3 (Sep., 1985): 597-621.

⁸ *The Eclectic Review*, I (December 1805): 884. En Captain Philip Beaver, *African memoranda*, (London, C. and B. Baldwin, 1805).

⁹ Richard Watson, *Anecdotes of the life of Richard Watson* (London, Printed T. Cadell and W. Davis, 1817):198. En teología, perteneció junto a John Hey y William Paley a un grupo de seguidores de Edmund Law. En su labor académica fue reconocido por sus escritos políticos publicados en forma de panfleto, destacandose por su postura conservadora hacia la Revolución Francesa. En ese contexto escribió *A treatise upon the authenticity of the Scriptures, and the truth of the Christian religion* (1792) y en 1796, contendió con *The Age of Reason* de Thomas Paine con su *Apology for the Bible*. Entre sus obras hay que mencionar: *Theological Institutes Or, A View of the Evidences, Doctrines, Morals e Institutions of Christianity*.

Teología y cultura 27:1 (2025)

William Tennant, haciendo gala de su pensamiento reformista, se mostraba optimista por los avances y el crecimiento de los productos manufacturados en el mercado de la India, pero consideraba inviable «convertir a los hindúes en su estado actual». Para él, sin civilización previa, toda obra misionera era «un esfuerzo infructuoso». Ante estas opiniones, un articulista de tendencia evangélica se lamentaba “enormemente que tales sentimientos salgan de la pluma de un clérigo”.¹⁰ Estos antagonismos eran evidencia de los enfoques diferentes dentro del campo religioso.

Entre los defensores de la obra misionera, el debate sobre si debía iniciarse la civilización o el cristianismo también tuvo su espacio y sus referentes.¹¹ Para algunos era necesario algún grado de civilización que antecediera a la evangelización, mientras que los sectores más evangélicos y los surgidos de los avivamientos espirituales entendían que el cristianismo era la “religión verdadera”, la única que podía dar salvación a la humanidad y por lo tanto podía ser comprendida y aceptada por todos los individuos, etnias y culturas, sin importar el desarrollo civilizatorio alcanzado. En este sentido, para el presbiteriano Rev. Thomas Chalmers “No se puede discutir la existencia de un sentido moral en el más rudo de los bárbaros [...] en todos los países se tiene un terreno en el que se puede entrar”¹².

Estos debates, se encuadraron dentro del marco de la teología providencialista, y estaban atravesados por las ideas teológicas y filosóficas del obispo Joseph Butler (1692-1752), vertidas en su *Analogía de la religión natural* (1736)¹³, donde confrontaba con el

¹⁰ *The Eclectic Review*, I (December 1805): 896

¹¹ *Edinburgh Review*, XXI (February 1813): 64-66, en la reseña correspondiente a, *Travels into Southern Africa by Henry Lichtenstein*; Rev. W. Hanna, *Memoirs of the life and writings of Thomas Chalmers* (4 vols., Edinburgh, 1849-1852), I: 390-392.

¹² W. J. Roxborough, “Thomas Chalmers and the mission of the Church with special reference to the rise of the missionary movement in Scotland” (Aberdeen, Ph.D. thesis, 1978): 307, 359.

¹³ Joseph Butler, *Analogy of Religion, Natural and Revealed, to the Constitution and Course of Nature*, (Glasgow, William Collins – London, Hamilton, Adams & Co., and Simpkin, Marshall & Co. 1837) Sixth Edition. En esta obra, el autor utilizaba la analogía de la naturaleza para apoyar la

Teología y cultura 27:1 (2025)

deísmo; las *Evidencias del cristianismo*¹⁴(1794) de William Paley (1743-1805) y la *Visión práctica de la religión* (1797)¹⁵de William Wilberforce (1759-1833). Sin embargo, entre finales del siglo XVIII e inicios del XIX, se percibían como cuestiones independientes y no se asociaban hasta las décadas de 1840-1860, momento en que el comercio y el cristianismo comenzaron a mantener un vínculo estrecho y ajustado¹⁶. Es importante subrayar esta apreciación para evitar generalizaciones para todo el siglo XIX, carentes de fundamento en las que han incurrido con frecuencia los historiadores de la Iglesia.

La resistencia al vínculo cristianismo y comercio

Por cierto, el comercio, en especial el comercio exterior, era una característica fundamental que debía promover una sociedad que se preciara de civilizada, pero se entendía que la “civilización”, siendo el objetivo prioritario, incluía muchos otros elementos además de las actividades comerciales. Al mismo tiempo, la “civilización” se

doctrina cristiana. El argumento de Butler era que los principios de la naturaleza reflejaban el sistema moral de Dios, y que las enseñanzas de la Biblia se veían confirmadas por la naturaleza.

¹⁴ William Paley, *The Evidencies of Christianity*, (New York, Published by S. King, 1821). Esta obra formaba parte de las obras traducidas al idioma español y utilizada por los misioneros metodistas desde México a Buenos Aires en la formación del liderazgo autóctono en las décadas de 1880-1890. En esta obra, el autor defendió la verdad del cristianismo en la evidencia histórica. Paley también defendió la revelación divina como fundamento para la existencia de Dios y los milagros contra los pensadores deístas de su tiempo, especialmente antagonizando con David Hume.

¹⁵ William Wilberforce, *A Practical View of the Prevailing Religious System of Professed Christians, in the Middle and Higher Classes in this Country, Contrasted with Real Christianity*, (London, Printed for T. Cadell, Jun. and W. Davies, 1797) Fourth Edition. En este texto Wilberforce enfatiza que su visión práctica de la religión está basada en la idea de que la religión era una fuerza relevante en la sociedad porque era capaz de ofrecer de orientación moral y soluciones prácticas para la vida.

¹⁶ Brian Stanley “Commerce and Christianity”: Providence Theory, The Missionary Movement, and the Imperialism of Free Trade, 1842–1860, *The Historical Journal*, Volume 26, March 1983: 71-94.

distinguía del cristianismo, aunque este fuera clave para inculcar valores civilizados. El intercambio de materias primas por productos manufacturados y la comprensión del incremento de los flujos comerciales como clave para la expansión misionera protestante entre los pueblos “paganos”, no eran temas centrales en las discusiones sobre la evangelización a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Por el contrario, el accionar expoliador y usurero de las transacciones operadas por la *Compañía de las Indias Orientales* hacia mediados del siglo XVIII seguía vivo en la memoria, hasta el punto de que la preocupación de las recién establecidas sociedades misioneras, como la *London Missionary Society* y la *Church Missionary Society*, era diferenciarse de toda actividad vinculada al comercio, al que asociaban con el “comerciante aventurero”¹⁷ o inmiscuirse en asuntos “políticos”¹⁸ que un misionero tenía vedados como norma.

¹⁷ David Bogue, *Objections against a mission to the heathen, stated and considered, Sermons preached in Tottenham at the formation of the missionary society* (London, 1795); nosotros citamos la First American Edition (Cambridge; Printed Hikkiard and Metcalf for the “Society of inquiry on the subject of missions”, in Divinity College, Andover. 1811): 18. Frente a los que objetaban si era posible encontrar personas idóneas para las misiones con los «paganos» (Objeción VI), D. Bogue afirmaba que, así como era posible hallar al «comerciante aventurero haciéndose entender por los salvajes desnudos», también se podía encontrar misioneros capaces de presentar la «buena nueva de la salvación» y hacer que los inconversos «vengan y la compren, sin dinero y sin precio». Sobre el “aventurismo” comercial: William Carey, *An enquiry into the obligations of Christians to use means for the conversion of the heathens* (Leicester, 1792 (New facsimile edition with Introduction 1961)): 68 y 81-82.

¹⁸ Bogue (1795): 22. Si bien en su predicación consideraba «una ventaja para las misiones que puedan ser empleadas en el vasto imperio de Hindostán», los gobiernos donde los misioneros realizarían su obra podían estar tranquilos, ya que «es una ley fundamental de nuestra sociedad que los misioneros no interfieran en lo más mínimo con los asuntos políticos de los países en los que trabajan ni tengan nada que decir o hacer con los asuntos del gobierno civil». En caso de que no hubiera quedado claro, en el párrafo siguiente afirmaba que «un extranjero en una tierra extranjera no tiene nada que ver con los asuntos civiles y su único negocio es propagar la religión».

Teología y cultura 27:1 (2025)

David Bogue, promotor de la *Sociedad Misionera de Londres*, de la *Sociedad Bíblica Británica y Extranjera* y de la *Religious Tract Society*,¹⁹ entendía que se estaba iniciando una “era de la benevolencia cristiana”. El llamado a la “benevolencia activa” se basaba en implicarse en uno de los principios fundamentales del cristianismo, ya que, como decía D. Bogue, “La benevolencia nos enseña a hacer el bien, tanto a los cuerpos como a las almas de los hombres; y las numerosas aflicciones y miserias que se extienden por la tierra son fuertes llamadas a la benevolencia de todo cristiano para que las alivie, y para que haga sus mayores esfuerzos, si es posible, para disminuirlas o eliminarlas”²⁰

Para él, la buena legislación y la decencia, tan necesarias para generar confianza en las relaciones comerciales, eran irrelevantes sin la experiencia moral que solo el cristianismo podía ofrecer. La fe cristiana debía inculcarse para que trajera aparejados el buen gobierno y los beneficios sociales que le seguían. “El cristianismo es un sistema de verdad divina, altamente favorable a la paz, la virtud y la felicidad de la sociedad civil; da por sus principios morales la mayor estabilidad a los gobiernos; une al cuerpo político en los lazos más fuertes y estrechos; y forma la barrera más superficial contra esos sentimientos y vicios que aflojan las ligaduras de la unión social, y ponen en peligro el bienestar de un país”²¹.

Para los evangélicos, el comercio tenía muy poca incidencia en su labor misionera y, por tanto, no había realizado ninguna contribución significativa para el bienestar de la India. Por otro lado, los resultados de más de medio siglo de la *Compañía de las Indias Orientales* no corroboraban que el comercio facilitara la evangelización misionera. En el caso personal de D. Bogue, la misma

¹⁹ En estas dos últimas coincidió con William Wilberforce, Lord Teignmouth, gobernador general de la India entre 1793 y 1797, y Charles Grant, influyente político en asuntos indios. Grant, de origen escocés, se convirtió al cristianismo evangélico y defendió las causas de la «reforma social» y la misión cristiana, especialmente en la India. Fue presidente de la *Compañía Británica de las Indias Orientales*, miembro del Parlamento y miembro de la secta de Clapham, así como activista en la lucha antiesclavista.

²⁰ Bogue (1795): 23.

²¹ *Ibid*; 11.

Teología y cultura 27:1 (2025)

Compañía se opuso a dejarlo ingresar al Hindostán como misionero en 1796. Sin embargo, este distanciamiento del cristianismo —y de la labor misionera— del comercio tenía que ver con algo más que un análisis histórico del progreso de la India o la oportunidad política de ganar terreno y apoyo del Parlamento británico a las peticiones de las sociedades misioneras de 1813 para un mejor desempeño. De hecho, para los evangélicos, los métodos privilegiados que permitían la evangelización eran la predicación, la enseñanza, la alfabetización, la traducción, la publicación y la difusión de las Sagradas Escrituras, procurando evitar vínculos con asuntos comerciales. Así, por ejemplo, en el debate "sobre los mejores medios de civilizar a los súbditos del Imperio Británico en la India y de difundir la luz de la religión cristiana por todo el mundo oriental", la *Eclectic Review* celebraba que los polemistas "aunque de distintas nacionalidades, coinciden... que es a partir de las medidas unidas de hacer circular las Escrituras y de emplear misioneros adecuados [esto es, misioneros educados y bien formados] como podemos esperar más razonablemente el avance del cristianismo en el mundo oriental".²²

En su resistencia a relacionar el cristianismo con el comercio, que en general se consideraba un gran avance de la civilización, los evangélicos afirmaban de manera explícita que el cristianismo se bastaba a sí mismo. En este punto, es importante tener en cuenta que la generación misionera inicial tenía un marco teológico providencial según el cual Dios lo podía todo dentro de un propósito benevolente y un diseño divino totalizador²³. Esta perspectiva, a su vez, estaba ligada a la concepción individualista de la conversión y la consagración espiritual, así como a las influencias seculares del racionalismo del siglo XVIII, que proclamaba la idea de una razón universal que incluía

²² *Eclectic Review*, II (July 1806), 536.

²³ Más arriba mencionamos a William Paley como uno de los referentes de esta generación. El fue un filósofo, teólogo y apologeta, portador de una ética utilitarista que puso de manifiesto en su obra *Principios de la filosofía moral y política*. También destacó por sus argumentos apologeticos para demostrar la existencia de Dios en su obra *Teología natural*, en especial la analogía del relojero, un argumento teleológico basado en la existencia de diseño en el mundo.

Teología y cultura 27:1 (2025)

a toda la humanidad y la noción de que la civilización se alcanzaba a través del progreso de diversas etapas históricas.

Difusión misionera, comercio y flexibilidad de la teología de la providencia

El cristianismo era aceptable universalmente y reportaba beneficios a cualquier sociedad que adoptara sus principios. Esta convicción se expresó durante la inauguración de *Hoxton Academy*, de la Sociedad Misionera de Londres. «La educación y la prensa son los dos grandes medios que, en conexión con la predicación, llevarán a cabo la revolución moral del mundo».²⁴ La reforma de las costumbres y la lucha contra los vicios, tanto en la ciudad cabecera del imperio como en las misiones de ultramar, mostraba la prevención y la sospecha de los evangélicos de que «un alto estado de civilización presenta ventajas para la introducción del cristianismo, [pero junto a esto] puede... ir acompañado de desventajas que las compensan con creces»²⁵. En un mundo percibido de esta manera, el comercio y la fe cristiana se enfrentaban a demasiadas barreras para mantener relaciones fluidas.

El marco teológico providencialista que las sociedades misioneras utilizaban en sus inicios, continuó siendo aplicado por sus sucesores de mediados del siglo XIX en respuesta a los interrogantes planteados sobre la expansión misionera. Sin embargo, en este caso, el providencialismo sirvió paradójicamente para avalar la unión de la expansión comercial y la conversión a la fe cristiana. Esto se explica porque, a pesar de que los nuevos desafíos de las sociedades misioneras y el cambio del contexto operados en la sociedad británica, que entre 1820 y 1830 habían transformado radicalmente el panorama general, la teología de la providencia, el propósito benevolente y el diseño divino permitieron, gracias a su elasticidad y flexibilidad,

²⁴ John Angell James, *Missionary prospects: a sermon the substance of which was delivered in Hoxton Chapel*. 1826, at the opening of Hoxton College as a missionary academy; En *The Works of John Angell James* (London, Hamilton, Adams & Co., Birmingham, Hudson & Son.), Vol II: 67.

²⁵ *Eclectic Review*, II (May 1806), 364.

incorporar las nuevas realidades de hechos antes separados y ahora interconectados.

Tanto es así que, entre 1840 y 1860²⁶, el cristianismo, la civilización y el comercio se fusionaron, lo que permitió al evangelicalismo victoriano considerar que la difusión del protestantismo contribuiría según el reverendo W. Ellis con «una maquinaria moral completa para llevar adelante todos los grandes procesos que se encuentran en la raíz de la civilización»²⁷. Evangelizar a los pueblos «paganos» suponía ofrecerles, al mismo tiempo, la salvación eterna y la posibilidad de acceder a amplias reformas sociales y económicas. En consonancia con estos conceptos, para el obispo Samuel Wilberforce, al hablar en 1860 sobre la relación entre comercio y cristianismo, destacaba el rol fundamental de la nación, ya que «era la intención de Dios hacer que este, el pueblo más activo, más ingenioso y más libre sobre la faz de la tierra, se interesara por la obra y se dedicara seriamente al trabajo mucho más importante de extender su Evangelio por todo el mundo»²⁸. Sin embargo, era necesario tener en cuenta los mecanismos, pues:

La providencia de Dios [...] ha ordenado que cuando el cristianismo se sitúe en un gran centro, sea llevado a todas

²⁶ B. Stanley, (1983), 72, 93. Por el contrario, según Andrew Porter los “cambios en el campo misionero”, el aumento de la “experiencia evangélica” en la resolución de los problemas misioneros, la modificación de “las circunstancias socioeconómicas en el país”, obligaron a que se operaron cambios en la “formulación evangélica del vínculo entre civilización y cristianismo, cristianismo y comercio”, Porter (1985): 620. Para A. Porter, “la asociación de cristianismo y comercio, aunque a menudo se considera característica de los victorianos, en realidad sólo se desarrolló lentamente, y decayó mucho más rápidamente de lo que había surgido”, mientras que por otro lado “la actividad misionera no fue claramente paralela a la expansión de Gran Bretaña como sociedad comercial e industrial”, Porter (1985): 621.

²⁷ D. Coates, J. Beecham y W. Ellis, *Christianity the means of civilization: shown in the evidence given before a committee of the house of commons, on aborigines* (London, R.B. Seeley and W. Burnside, Land G. Seeley and T. Mason, 1837): 175.

²⁸ Samuel Wilberforce, *Speeches on missions*, Rev. Henry Rowley (London, William Wells Gardner, 1874) second edition: 213

Teología y cultura 27:1 (2025)

partes por el poder natural del propio comercio [...] el comercio [...] está destinado a llevar, incluso a todo el mundo, el bendito mensaje de la salvación²⁹.

Para el ministro, el protestantismo tenía la responsabilidad de elevar a la humanidad mediante la instrucción de sus principios a un nivel de excelencia a los que los pueblos “paganos” jamás podrían acceder por sí solos. El cristianismo era portador de “civilización” pero también ofrecía “valor a la vida”, “dignidad al trabajo” y “seguridad a la posesión”, de modo que una etnia convertida a la fe cristiana tenía como horizonte ser “un pueblo productor de riqueza, un pueblo exportador y por tanto un pueblo comercial”³⁰.

Cuando analizamos estos dichos y los contrastamos con las afirmaciones de los misioneros y pensadores de las misiones estadounidenses de 1890-1910, notamos una correspondencia sin demasiados matices. En este sentido, conviene recordar lo dicho en el análisis de la conformación de las mentalidades misioneras. Como vimos, el sistema teológico del evangélico surgido del Segundo Gran Avivamiento se apoyaba en la doctrina de la providencia.³¹

La historia humana apuntaba a la concreción del propósito divino de que el evangelio se extendiera por el mundo, ya que de ese modo se difundiría su gobierno moral por todo el orden natural de la creación. Dios para esto utilizaba una amplia gama de factores que se dirigían en una perspectiva teleológica hacia la “consumación”. El argumento teleológico en el que se sustentaba la teología natural afirmaba que el diseño (*argument from design*) indicaba que las cosas habían sido ordenadas por la providencia con un propósito superior en cualquier circunstancia³². Para la teología natural, el orden implicaba un propósito y dicho propósito estaba en consonancia con el diseño. La lógica de la historia natural se aplicaba a la historia. Siguiendo esta

²⁹ Ibid: 212.

³⁰ Idem.

³¹ Haddon Willmer, *Evangelicalism 1785 to 1835* (Cambridge University Library, 1962): 82.

³² W. Paley, *Natural theology*, en *The works of William Paley*, D.D. (7 vols., London, 1825), Vol. II: 10-11, y *The principles of moral and political philosophy*, en Vol. IV: 46.

Teología y cultura 27:1 (2025)

línea de pensamiento, hacia 1890, los evangélicos que impulsaban el trabajo misionero en ultramar entendían que los vastos territorios adquiridos e incorporados y el creciente poder alcanzado por los Estados Unidos debían tener un propósito superior a los motivos carnales del engrandecimiento nacional. Dentro del marco providencialista y benevolente, las bendiciones de las que gozaba la nación y su influencia debían servir para que ella se convirtiera en el instrumento de Dios encargado de esparcirlas por toda la tierra.

La teología de la providencia, en nuestra opinión, sirvió para insuflar un enorme dinamismo al activismo misionero protestante de finales del siglo XIX y principios del XX, pero, al mismo tiempo, tendía a inclinar a creyentes, pastores y misioneros a aceptar de manera acrítica el desarrollo histórico. Si en el sistema providencial y benevolente era posible entender la extensión de los dominios territoriales como una indicación inequívoca del dominio divino, del mismo modo, la expansión imperial agresiva y beligerante sobre la autodeterminación de otras naciones tenía una legitimación religiosa.

Cabe recordar que los teólogos de la providencia partían de la premisa de que los hombres eran los responsables de las convulsiones en el orden natural del diseño divino por sus pecados en la creación. La desobediencia humana era lo que explicaba los desórdenes presentes en la realidad y no se podía atribuir a la voluntad divina ni a errores de la providencia. En este sentido, la historia del hombre según Melvill Horne, podía ser leída como “un libro misterioso, difícilmente legible y que se comprende mejor cuando se lee hacia atrás”.³³ Sin embargo, la desobediencia humana que había conducido a la Caída podía interferir, aunque no podía impedir los planes divinos. Dios, como arquitecto y legislador infalible, tenía la capacidad de utilizar las acciones mezquinas del ser humano y transformarlas en bienestar general, sin perder su objetivo último: difundir su palabra y extender su Reino.

La concepción de Dios adoptaba, por momentos, rasgos utilitarios, ya que fundaba exclusivamente la obligación moral en la utilidad. Aunque los sectores evangélicos criticaban el utilitarismo

³³ Melvill Horne, *Letters on missions; addressed to the Protestant ministers of the British churches* (Bristol, 1794): 77-78.

secular y las expresiones cristianas que lo hacían suyo, no modificaban el supuesto básico que daba sentido a la ley natural: la armonía entre el deber y el interés propio. Por tanto, la felicidad del hombre era la derivación natural, avalada por Dios, del cumplimiento del deber.

Frente al interés propio desaforado y licencioso, la ética cristiana en clave providencialista interponía un extenso catálogo de valores como la sobriedad, la serenidad, la seriedad, la formalidad, la abstinencia, la medida, la austeridad, la moderación, la frugalidad y la prudencia. Es decir, los evangélicos del siglo XIX, ligados a las misiones de ultramar, respondieron al utilitarismo de la sociedad norteamericana con una teología moral que consagraba la «utilidad» (el «deber» y el «interés propio») como la principal virtud cristiana en la propagación del Evangelio. La «benevolencia», no solo del individuo, sino también la realizada por los Estados Unidos en «bienestar» de otras naciones, activaba una «recompensa» o «galardón» (*reward*, en el lenguaje de la época³⁴) en beneficio de quien hubiera actuado regido por el «deber de la benevolencia». Esta grandiosa articulación explica, en nuestra opinión, en gran medida el compromiso de la sociedad estadounidense con las misiones extranjeras durante el siglo XIX y, más especialmente, en el periodo 1890-1916. La máxima expresión de la benevolencia norteamericana hacia las naciones se canalizaba a través de su empresa misionera en el extranjero. Sin embargo, en un mundo determinado por la estrategia misionera divina, el comercio desempeñaba una función esencial. La empresa comercial se erigía así en el instrumento a través del cual la providencia unía el deber y el interés, y la forma en que la labor misionera de la nación en el mundo redundaba en su propio beneficio.

Hacia 1890, más allá de todas sus históricas prevenciones hacia el comercio, los evangélicos eran conscientes de que el Evangelio era una «buena noticia» cuya difusión necesitaba los medios de comunicación. El aislamiento y la autosuficiencia eran los mayores obstáculos para progresar. Países como China, que se enorgullecían de su independencia y rechazaban el contacto con el

³⁴ Y también propio de la traducción KJV. Por ejemplo, ver la traducción de Hebreos 11:6.

resto del mundo, se cerraban así al Evangelio. Por el contrario, la comunicación entre las naciones debía tender a promover su difusión.

II. Los misioneros y las relaciones diplomáticas

En 1812, los misioneros estadounidenses enviados por la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras partieron hacia la India con la finalidad de contribuir a los esfuerzos que las sociedades misioneras británicas ya estaban realizando para la conversión protestante del mundo entero. Durante las tres décadas siguientes, los misioneros estadounidenses se incrementaron de manera exponencial en estaciones misioneras domésticas y de ultramar que abarcaban diversas y lejanas regiones de todo el mundo. Este notable alcance del impulso misionero inicial se explica por la motivación de los protestantes evangélicos estadounidenses de principios del siglo XIX, marcada por el expansionismo cristiano y el modelo imperial, que afirmaba el deber “benevolente” y la responsabilidad de las naciones cristianas, como Estados Unidos y Gran Bretaña, de utilizar su poder colonial (y comercial a partir de mediados del siglo XIX) para difundir el cristianismo hasta lo último de la tierra.

Así fue como los misioneros estadounidenses interactuaron con lugares remotos como la India, Liberia, Oriente Próximo, las islas del Pacífico, Norteamérica, Singapur, América Latina y el Caribe en contextos imperiales. Esta perspectiva se sustentaba en la idea que una parte de los estadounidenses tenían sobre el papel de su nación en el mundo³⁵. Mientras que a principios del periodo republicano muchos se dedicaban a la expansión territorial en el oeste, los partidarios de las misiones miraban hacia el este, pero también hacia África, Asia y el Pacífico. En este sentido, la historia inicial del movimiento misionero protestante pone de manifiesto que durante la primera república persistieron fuertes conexiones angloamericanas y mundiales, y, por otra parte, la alta consideración que tenía en el

³⁵ Emily Conroy-Krutz, *Christian Imperialism, Converting the World in the Early American Republic*, (Ithaca and London, Cornell University Press, 2015): 2-3.

imaginario de estos sectores evangélicos Gran Bretaña y su imperio como modelos ejemplares para su trabajo³⁶. De hecho, a lo largo de todo el siglo XIX y las primeras dos décadas del XX, los misioneros de la Junta Americana intentaron convertir el mundo «pagano» e «idólatra» en la imagen de la civilización angloamericana centrada en el evangelio.

Durante casi todo el siglo XIX, los misioneros contribuyeron a ampliar el alcance global de la nación. En este proceso, las actividades misioneras se entrecruzaron con los diversos aspectos de las relaciones exteriores estadounidenses: desde las iniciativas imperiales hasta las cuestiones diplomáticas, o el impulso de iniciativas humanitarias y reformistas en lo social con las que intentaron difundir su modelo de civilización.

A lo largo del siglo, o más precisamente entre 1812 y 1920, los misioneros presionaron al gobierno para redefinir los derechos de los ciudadanos estadounidenses en el extranjero y el papel de Estados Unidos como difusor del humanitarismo, la libertad religiosa y otras banderas reformistas. Al momento en que Estados Unidos ingresó en la Primera Guerra Mundial, la «diplomacia misionera» ya había contribuido a que un sector de la ciudadanía estadounidense adoptase una visión de su nación como potencia mundial comprometida internacionalmente durante más de un siglo. En este sentido, es destacable que las misiones evangélicas contribuyeron de manera indirecta a configurar las relaciones exteriores estadounidenses.

Al tener en cuenta la a veces no tan inorgánica «diplomacia misionera»³⁷, no solo ampliamos nuestra visión sobre los participantes en las relaciones exteriores, incluyendo a presbíteros y clérigos, sino que, al seguir las huellas de los misioneros estadounidenses, consideramos su relevancia desde la perspectiva de la historia de la Iglesia y de las misiones clásicas. Nuestro enfoque nos permite, en primer lugar, abordar una esfera de análisis clave para estudiar la

³⁶ Ondina E. González, Justo L. González, *Historia del Cristianismo en América Latina*, (Buenos Aires, Ediciones Kairós, 2012): 287-288.

³⁷ Emily Conroy-Krutz, “‘What is a Missionary Good For, anyway?’: Foreign Relations, Religion, and the Nineteenth Century.” *Diplomatic History* 46:3 (June 2022): 433-461. 435.

ambigüedad de los vínculos entre protestantismo y colonialismo en América Latina y el Caribe. En segundo lugar, nos permite analizar la relación entre los nuevos mercados, la expansión del consumo, los valores de competencia, y cómo incidió esto en la reconfiguración y reajustes de los discursos teológicos del período 1890-1920.

Cuestiones aparentemente tan lejanas como los cambios teológicos operados en el terreno de la escatología con el paso del postmilenialismo al premilenialismo fundamentalista; las mutaciones en la conciencia social evangélica y el corrimiento del evangelicalismo hacia posturas conservadoras y militantes, y por lo tanto de ninguna manera «apolíticas» como pretendían sus difusores, podrían adquirir un nuevo sentido³⁸.

El análisis de la «diplomacia misionera» pone de relieve también el valor de investigar a los misioneros como personas influyentes que, en muchas ocasiones, fueron críticos de las relaciones exteriores de su nación de origen. Por motivos éticos, como la oposición a la guerra, la ocupación, la injerencia en los asuntos de otras naciones o la influencia negativa que supondría para el protestantismo autóctono aparecer ligado al Imperio norteamericano y tener que responder a las acusaciones del clero católico de ser agentes de la «anglonización» de la cultura, notamos la relevancia del trabajo misionero en este campo. En este sentido, resulta evidente que, a lo largo del siglo XIX, los esfuerzos de las sociedades misioneras en el extranjero «se cruzaron con todos los aspectos de las relaciones exteriores de Estados Unidos: el imperialismo, la diplomacia, la economía y el humanitarismo».³⁹

Así, por ejemplo, en el cruce de siglos del XIX al XX, el panorama fue particularmente dinámico en cuanto a las relaciones exteriores de los Estados Unidos, en especial a partir de la Guerra Hispanoamericana de 1898 y sus consecuencias en Puerto Rico, Cuba y Filipinas, donde intentaron acabar con toda la resistencia e imponer

³⁸ José Míguez Bonino, *Rostros del Protestantismo Latinoamericano* (Buenos Aires, Grand Rapids, Nueva Creación y William B. Eerdmans Publishing Company, 1995): 5-35.

³⁹ Conroy-Krutz (2022): 433.

un gobierno colonial⁴⁰. En Washington D.C., se planearon importantes reformas del sistema consular, mientras que la política exterior buscaba abrir nuevos mercados y adoptar nuevas formas de ayuda internacional⁴¹. Mientras tanto, en el interior del país, los estadounidenses comenzaron a debatir sobre el valor de las misiones cristianas en el extranjero, dividiéndose las opiniones sobre la intromisión de los misioneros.

A finales del siglo XIX y principios del XX, diversas voces ligadas a la cancillería y los consulados se hicieron eco de las críticas que la prensa dedicaba a las misiones y a su personal, alertando sobre los comentarios adversos hacia estos o sus injerencias. Para algunos, los misioneros eran unos «entrometidos» porque obligaban a movilizar el aparato diplomático a causa de los conflictos religiosos generados por su labor polémica de extender el «verdadero evangelio». La sonada «cuestión Penzotti», por el reparto de Biblias en la sociedad peruana, movilizó a las sociedades misioneras, las logias masónicas y la embajada, en favor del colpoltor y la distribución de Biblias⁴². Los levantamientos de los bóxers y el ataque a los misioneros protestantes acusados de agentes del imperialismo norteamericano desde México⁴³ hasta Argentina⁴⁴ reabrieron el debate sobre los pros y los contras de la labor misionera, lo que no hacía más

⁴⁰ Luis Claudio Villafañe Santos, “Las relaciones internacionales”, en Enrique Ayala Mora – Eduardo Posada Carbó, *Historia General de América Latina*, (España, Editorial Trota, 2008). 311-329.

⁴¹ Norman Rubén Amestoy e Sarahí Rivera Martínez, El “Descubrimiento Protestante de América Latina y el Caribe (1870-1913). *Revista Cultura y Religión*. 2023, vol.17:15: 18-19.

⁴² Magdalena Chocano, Lima Masónica: Las logias simbólicas y su progreso en el medio urbano a fines del siglo XIX, *Revista de Indias*, 2010, vol. LXX, núm. 249: 409-444. Paula Seiguer, “Los caminos de Penzotti”. Las misiones protestantes en América del Sur y la construcción de la laicidad, *Iberoamericana*, XIX, 70 (2019), 157-179.

⁴³ Hubert W. Brown, *Latin America*, (New York, Fleming H Revell Company, 1901): 251-253.

⁴⁴ Rebolledo Fica, Eunice Noemí La construcción de la ciudadanía en el discurso pedagógico del protestantismo liberal: revista La Reforma, 1901-1932 / Eunice Noemí Rebolledo Fica. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2016.

que reinstalar que los denominados «problemas misioneros» venían de larga data y había que retrotraerse a la actividad misional en China para darse cuenta de que el Departamento de Estado había activado las alarmas con un asunto que llevaba décadas sin resolución.

De hecho, la religión y, en particular, la labor de las sociedades misioneras protestantes ocupaban un lugar destacado en la diplomacia estadounidense del siglo XIX. Desde la década de 1810 hasta finales del siglo, los misioneros protestantes se ganaron cierto reconocimiento como hábiles y eficientes nexos en las relaciones internacionales de Asia, África, el Pacífico, Oriente Medio, América Latina y el Caribe. Así, los misioneros actuaban como cónsules, traductores e intérpretes. Sin embargo, con el paso de las décadas, los misioneros, sus asociaciones y la sociedad en general comenzaron a cuestionar la conveniencia de tal participación. Para los misioneros, la política exterior norteamericana comenzó a ser en ocasiones un impedimento para la misión evangelizadora, mientras que para las legaciones extranjeras, los misioneros creaban problemas innecesarios con sus controversias religiosas.⁴⁵

El movimiento misionero protestante, por cierto, evolucionó en interacción con la política exterior de Estados Unidos, ya que ambos organismos encontraron la manera de colaborar en su expansión mutua y en la corrección de sus acciones dentro de sus ámbitos e intereses específicos. Las sociedades misioneras contribuyeron a llevar la nación a nuevas áreas del mundo, propiciaron que el gobierno clarificara los derechos de ciudadanía de los estadounidenses en el extranjero y mantuvieron álgidas conversaciones acerca de las modalidades y los motivos por los que la administración participaría en los asuntos y las políticas exteriores.

⁴⁵ Los misioneros eran proclives a fungir como “alborotadores” debido a las actividades de colportaje, predicación, docencia, ministración de matrimonios o sepulturas que obligaron al Departamento de Estado a tomar posiciones que de otro modo habría podido evitar. Como demuestra Emily Conroy-Krutz, en un estudio reciente donde aborda estos interrogantes, afirma que - dependiendo de la posición de cada sujeto -, ocurrían ambas cosas. Emily Conroy-Krutz, *Missionary Diplomacy, Religion and Nineteenth-Century American Foreign Relations*, (Ithaca and London, Cornell University Press), 2024.

Teología y cultura 27:1 (2025)

El Estado, por su parte, contribuyó a determinar los campos misioneros más propicios y con mejores probabilidades de consolidación e indicó las acciones posibles de realizar en cada una de las estaciones. En este sentido, el gobierno tuvo una injerencia significativa durante su desarrollo, ya que, en cierta manera, moldeó la forma en que los misioneros terminaron entendiendo el propósito de su labor.⁴⁶

Sin embargo, con el paso del tiempo, los misioneros cambiaron de actitud y terminaron defendiendo su autonomía e independencia de movimientos más allá del Estado⁴⁷. Por otra parte, la prensa de la denominada «era progresista» adoptó una postura crítica hacia la labor misionera y la injerencia del personal misionero involucrado en situaciones arriesgadas. Estas, en diversas ocasiones, eran buscadas como parte de la modalidad controversial y polémica de los misioneros que procuraban dar publicidad a su causa. Sin embargo, los conflictos de la esfera religiosa requerían después la intervención de los consulados, donde los misioneros alegaban su condición de ciudadanos estadounidenses.

En líneas generales, para fines del siglo XIX, los misioneros buscaban mostrar que habían desarrollado conscientemente un papel diplomático junto con su labor espiritual. Los misioneros y sus defensores intentaron mostrar las importantes contribuciones que habían hecho, más allá de la conversión al cristianismo. Los alegatos se apoyaban en las contribuciones del personal misionero a la salud pública, la ciencia y la diplomacia, al difundir la educación y la medicina occidentales⁴⁸, al tiempo que cultivaban «la buena voluntad hacia los Estados Unidos»⁴⁹.

Los proyectos misioneros abarcaban tanto la reforma social como el trabajo evangelizador, y se articulaban en un discurso civilizador en el que los valores morales de la política exterior justificaban sus intervenciones como acciones humanitarias y

⁴⁶ Conroy-Krutz (2022): 442.

⁴⁷ Brown, (1901): 252.

⁴⁸ Dana L. Robert “Influence of American Missionary Women on the World Back Home”, en *Religion and American Culture: A Journal of Interpretation*, Vol. 12, No. 1 (Winter 2002), pp. 59-89.

⁴⁹ Conroy-Krutz (2022): 435.

filantrópicas con la legitimidad de la providencia. En este sentido, el personal misionero anticipó el énfasis moral, benefactor y humanitario en un marco providencialista que sería desarrollado posteriormente por la diplomacia estadounidense. Según Conroy-Krutz los misioneros fueron pioneros en “la regla de oro como estrategia diplomática”⁵⁰.

Así, el personal de las misiones ultramarinas no solo sentó un precedente, sino que funcionó como una vanguardia que abrió nuevas áreas geográficas al interés diplomático del Estado⁵¹. Así, por ejemplo, los datos cartográficos de América Latina y el Caribe sugieren una correlación causal entre las estaciones misioneras protestantes y los consulados estadounidenses, tal y como ocurrió en otras zonas de Asia⁵². La diplomacia estatal dio prioridad a Europa occidental y

⁵⁰ Ídem.

⁵¹ La correspondencia, diarios y *Report* misioneros de Mary Slessor fueron un servicio invaluable para los funcionarios imperiales, más allá de que su principal foco apuntaba a “ganar paganos” para el evangelio. Helen Callaway, *Gender, Culture and Empire: European Women in Colonial Nigeria* (London: Macmillan, 1987), 54-55. Sin embargo, para Slessor no existía contradicción entre ambas tareas, pues estaba convencida de que la empresa misionera necesitaba del auxilio del sistema colonial y este de las misiones. J. H. Proctor, *Serving God and the Empire: Mary Slessor in South-Eastern Nigeria, 1876-1915*, *Journal of Religion in Africa*, XXX, I, Koninklijke Brill NV, Leiden, 2000: 46. La obra de M. Slessor tuvo un claro costado político al punto que influyentes personajes de dicho ámbito como Frederick, Edward, escribió al Secretario Colonial, que la tarea de la misionera era “un gran factor político de gran valor para la Administración”. Edward Lugard, *Journal Jottings 1912-1915*, 9-13 December 1912, 51, MSS Brit. Emp. s. 72, Rhodes House Library, Oxford University. Con el establecimiento del Protectorado Británico de la Costa del Níger, Slessor, fue nombrada vicecónsul y magistrada de distrito, dictó sentencias judiciales basadas en su interpretación de la ley indígena. Como Slessor vivía en las mismas condiciones que la población local, su compromiso engendró una confianza y un afecto recíprocos. Esta relación contribuyó a la extensión del dominio colonial en 1901. Sin embargo, sus esfuerzos parecen haber producido un cambio significativo en la vida de las mujeres locales. Caroline Oliver, *Western Women in Colonial Africa* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1982): 134

⁵² Henry K. Carroll, *Report on the Island of Porto Rico*, Washington, Government Printing Office, 1899. El *Report* se trata de uno de esos libros

Teología y cultura 27:1 (2025)

América Latina en el siglo XIX, pero al establecerse en Oriente Medio, África, Asia y el Pacífico, los misioneros protestantes impulsaron a la sociedad y a los funcionarios estadounidenses a imaginar e involucrarse activamente en esas regiones exóticas, pero también llenas de nuevas «oportunidades».

La presencia de misioneros estadounidenses creó una necesidad estratégica en lugares donde Estados Unidos no la había percibido anteriormente. Por ejemplo, en un caso paradigmático, los misioneros y los comerciantes se dirigieron a los puertos chinos, donde se les permitió residir a partir de 1844, sirviendo como traductores y cónsules. Posteriormente, esos misioneros insistieron al gobierno de los Estados Unidos “para que abogara por los derechos extraterritoriales” y por «cada vez más acceso al interior»⁵³. El apoyo de los diplomáticos estadounidenses a la labor misionera y a la seguridad personal de los misioneros en regiones hostiles aumentó su influencia. Esta estrategia se aplicó posteriormente en América Latina y el Caribe, donde el catolicismo romano imponía límites y restricciones legales incluso después de la aprobación de las constituciones nacionales posindependentistas, pero antes de la entrada en vigor de las leyes laicas y secularizadoras.

Con todo, hay que decir que, más allá de intentar demostrar la importancia de la historia misionera para las relaciones exteriores, en este acercamiento hemos procurado desafiar el enfoque cronológico de la diplomacia o las misiones en América Latina. En este sentido, el enfoque de considerar que el inicio del imperio estadounidense y el surgimiento de Estados Unidos como potencia global solo se produjeron a partir de 1898 habría que retrotraerlo a períodos anteriores. Reconocemos que el período comprendido entre 1898 y 1945 fue clave para la transición gradual de la política del

cuyo estudio nos permite revelar y discutir el “Porto Rico” imaginado por los estadounidenses en la posguerra a través de sus discursos sobre la cultura, la economía, la política, la geografía y la historia del territorio recién ocupado. En este sentido, forma parte de los textos “ignotos” estadounidenses que proceden del período posterior a la invasión de 1898. El Dr. Henry K. Carroll, primer comisionado de los Estados Unidos durante la ocupación a Puerto Rico (1898) y prominente miembro de la Iglesia Metodista Episcopal

⁵³ Conroy-Krutz (2022): 445.

Teología y cultura 27:1 (2025)

aislacionismo a una posición de liderazgo y poder mundial, pero las políticas de ocupación, el desempeño de la política exterior y el cambio de mentalidades muestran que restringir la cuestión a ese período es, cuando menos, insuficiente y sesgado. Nuestro argumento para remontarnos a los inicios del siglo XIX se basa principalmente en la importancia de los orígenes, ya que las historias misioneras y diplomáticas previas pueden ayudarnos a mejorar, refinar y complejizar nuestra comprensión de las relaciones exteriores de Estados Unidos a finales del siglo XX, como así también los cambios discursivos y algunos corrimientos en la teología misionera.

Consideraciones finales

Tras analizar la relación entre el protestantismo y el comercio, hemos podido corroborar la incidencia teológica y misiológica del modelo británico en las sociedades misioneras estadounidenses del siglo XIX. Tanto los evangélicos británicos como los estadounidenses utilizaban, en las primeras etapas de los desarrollos misioneros, medios clave para la difusión de la fe protestante como la predicación, la educación, la traducción y publicación de textos y tratados. Para ellos, la fe cristiana era aceptable universalmente y reportaba beneficios a cualquier sociedad que adoptara sus principios, que conllevaban la reforma de las costumbres y la lucha contra los vicios presentes incluso en las sociedades llamadas civilizadas. Detrás de esta crítica se esgrimía el argumento de la primacía del cristianismo frente a las instituciones civilizatorias, entre las que destacaban especialmente el comercio aventurero y rapaz.

Por otro lado, el sistema teológico providencialista que las sociedades misioneras británicas utilizaron en sus comienzos era el mismo que funcionaba de marco para los predicadores itinerantes y misioneros surgidos del Segundo Avivamiento. Paradójicamente, a mediados del siglo XIX, al mismo tiempo que sirvió para legitimar la unión entre el expansionismo comercial, los valores e instituciones civilizadas angloamericanas y la conversión a la fe protestante, dio un enorme impulso al activismo misionero protestante de finales del siglo XIX y principios del XX. Sin embargo, producía un efecto no esperado, ya que inclinaba a creyentes, pastores y misioneros a aceptar de manera acrítica lo que sucedía en el contexto histórico. Si en el

Teología y cultura 27:1 (2025)

sistema providencial y benevolente era posible entender la extensión de los dominios territoriales como una indicación inequívoca del dominio divino, del mismo modo, la expansión imperial agresiva y beligerante sobre la autodeterminación de otras naciones también adquiriría una legitimación religiosa que resultaba, cuando menos, ambigua. De hecho, el argumento teleológico en el que se sustentaba la teología natural afirmaba que el diseño indicaba que las cosas habían sido ordenadas para un propósito superior. Y, cuando esta conceptualización se aplicaba a la historia, los evangélicos que impulsaban las misiones de ultramar entendían que los vastos territorios adquiridos y el creciente poder alcanzado por los Estados Unidos tenían un propósito superior a la grandeza nacional. Dentro del marco providencialista y benevolente, las bendiciones de las que gozaba la nación y su influencia debían servir para que se convirtiera en el instrumento de Dios encargado de esparcirlas por toda la tierra.

Al examinar las conexiones entre los misioneros y las relaciones diplomáticas, hemos podido destacar que, más allá de los roles ambiguos y las tensiones entre las sociedades misioneras y la política exterior, los misioneros contribuyeron a ampliar el alcance global de la nación durante casi todo el siglo XIX. En este proceso, las acciones misionales se entrecruzaron con los diversos aspectos de las relaciones exteriores estadounidenses: desde las iniciativas imperiales hasta las cuestiones diplomáticas, pasando también por el impulso de iniciativas humanitarias y reformistas en el ámbito social con las que difundieron su modelo de civilización.

En este sentido, los misioneros influyeron en el gobierno para redefinir los derechos de los ciudadanos estadounidenses en el extranjero y el papel de la nación como difusora del humanitarismo, la libertad, el progreso, los ideales de bienestar y otras banderas reformistas en clave civilizadora. De hecho, al final del periodo, es decir, en el momento en que Estados Unidos ingresó en la Primera Guerra Mundial, la «diplomacia misionera» había contribuido a que una parte de la ciudadanía estadounidense adoptase la visión de su nación como potencia mundial comprometida internacionalmente. En otros términos, tras un siglo de acción, las misiones evangélicas habían contribuido de manera considerable a configurar las relaciones exteriores estadounidenses.

Teología y cultura 27:1 (2025)

Norman Rubén Amestoy es Doctor en Teología por el Instituto Universitario ISEDET. Es docente en la Facultad de Ciencias de la Religión en la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL) y en el Instituto Teológico FIET.

e-mail: rubenamestoy1@gmail.com

Fecha de recepción: 21-02-2025

Fecha de aceptación: 08-04-2025